

LA ARGENTINA ENTRE LAS GUERRAS MUNDIALES: DOS PROYECTOS EN CONFLICTO

Luis Alberto Romero*

Saber y tiempo, 11, Buenos Aires, enero-junio 2001

A fines de 1919, impresionados aún por los episodios de la Semana Trágica, los obispos argentinos lanzaron un vasto proyecto de beneficencia social: la *Gran Colecta Nacional*. En un texto, escrito por el joven monseñor Miguel De Andrea, proclamaban: "nos amenazan las pasiones más bravas, las iras del populacho, el rencor de las masas obreras, la sed de venganza anarquista, el huracán de la revolución antisocial, la loca ambición de ejercer la dictadura en nombre de las heces de la sociedad... ¡Los bárbaros están a las puertas de Roma!". Treinta y seis años más tarde, el 18 de octubre de 1945, Delfina Bunge de Gálvez consignaba en el diario católico *El Pueblo* su asombro por la pacífica manifestación del día anterior: en lugar de "caras hostiles" o "puños levantados", estallidos de "odio contenido" o quizá depredaciones en la Catedral o la Curia, vio una "multitud respetuosa", y a muchos haciendo "la señal de la cruz": "Estas turbas parecían cristianas sin saberlo. Su actitud era tal que nos hizo pensar que ellas podían ser un eco lejano, ignorante y humilde, de nuestros Congresos Eucarísticos".

Hubo otra mirada, casi exactamente inversa: socialistas, comunistas y otros sectores que solían llamarse progresistas simpatizaron con los manifestantes de 1919, o al menos los comprendieron, y en cambio calificaron a los de 1945 como "masas ignorantes" o "lumpenproletariado": no eran la verdadera "clase obrera".

Sin duda ambas miradas eran sesgadas; pero en conjunto dan cuenta de un largo proceso -conocido en todo el mundo occidental- de nacionalización de las masas, que en la sociedad argentina se desarrolló bajo la advocación y protección del estado y la Iglesia. Se correspondió con otros cambios más profundos de la sociedad argentina: en los años de entreguerras cambió radicalmente la posición del país en el mundo, la economía se transformó y se hizo más compleja,

* Profesor titular de la Universidad de Buenos Aires. Investigador Principal del CONICET. Este texto integra los resultados de diversas investigaciones, realizadas con el apoyo del CONICET, la Universidad de Buenos Aires, a través de sus proyectos UBACYT, y la Fundación Antorchas.

el estado desarrolló nuevas funciones y extendió más aún su larga mano, se acentuaron los cambios, lentos y silenciosos, de la sociedad y hubo transformaciones igualmente profundas en la política, la cultura y las ideas. No fueron solo cambios graduales: en esas décadas se desarrolló un combate entre dos grandes corrientes, políticas y culturales: una vinculada con los sectores "progresistas", liberales o socialistas, y otra en la que el nacionalismo católico alojó distintas interpretaciones genéricamente llamadas "nacionales". Hubo un conflicto, con ganadores y perdedores; el resultado signó toda la vida argentina de la segunda mitad del siglo XX.

La economía y el estado

En 1916, cuando la elección de Yrigoyen remataba el exitoso ciclo de la Argentina moderna, comenzaban a cambiar sustancialmente los datos básicos de la realidad. La Primera Guerra Mundial significó una sacudida fuerte para una economía que había crecido sostenidamente sobre la base de la exportación de productos alimenticios y la permanente recepción de capitales e inmigrantes, que transformaron el "desierto" en una de las más fértiles praderas del mundo. La Gran Guerra desorganizó el comercio mundial: períodos de interrupción en las comunicaciones eran seguidos de otros de ávida demanda, y en rigor esa desorganización se prolongó por varios años después de finalizado el conflicto. El flujo libre de capitales cesó durante la Guerra, y también se interrumpió la llegada de inmigrantes, que era vital para la continuidad de la expansión.

Un signo de esas dificultades fue el crecimiento de la conflictividad social -su expresión culminante fue la semana de enero de 1919-, que a su vez agudizó los problemas de la economía. Otro signo, menos espectacular pero a la larga más difícil de manejar, fueron las dificultades del estado para financiar sus gastos, pues sus ingresos se basaban esencialmente en los préstamos y en los impuestos a las importaciones. La decisión del gobierno radical de usar más liberalmente el presupuesto -ya sea para su política de "interés social" o para retribuir a la nutrida maquinaria electoral- complicó más las cosas: fue Yrigoyen quien propuso, sin éxito, modificar las bases fiscales del estado con un impuesto a los réditos, que solo se estableció en 1931.

El tercer problema se originó en la presencia cada vez más importante de capitales norteamericanos, que aprovecharon la declinación de Gran Bretaña y el retroceso de Alemania para ganar espacio en los frigoríficos, las actividades de

servicios, como la electricidad, y también la producción manufacturera, pues en la década de 1920 se instalaron filiales de varias de las más grandes corporaciones estadounidenses. La Argentina quedó ubicada en el vértice de un mundo triangular, con una relación compleja con sus dos metrópolis, sobre todo por la creciente tendencia a la autarquía de las grandes economías, y la dificultad para convertir las libras que ingresaban por las exportaciones en los dólares necesarios para las importaciones.

La economía exportadora ya estaba seriamente afectada cuando se produjo el *crack* de 1929, que terminó de definir las cosas: durante más de una década se interrumpió la inmigración, Gran Bretaña dejó de enviar capitales y hasta retiró parte del que tenía colocado. Sin embargo, el impacto de la gran crisis no fue largo, y la Argentina se recuperó mucho más rápidamente que la mayoría de los países en situación similar. Hacia 1934 había signos claros de reactivación, que ya eran más que evidente en 1936. La crisis había estimulado el desarrollo de alternativas nuevas: la estrecha relación bilateral con Gran Bretaña -consagrada en el célebre Tratado de Londres de 1933- se complementó con nuevas inversiones estadounidenses en sectores industriales, a su vez beneficiados por las crecientes dificultades para importar. La Segunda Guerra Mundial tuvo efectos más profundos, y en general positivos, si es que eso puede decirse de una guerra: crecieron las exportaciones -una tendencia que se prolongó en los años que siguieron al fin de la contienda - mientras que las dificultades para importar permitieron a una industria local ya afianzada no solo dominar el mercado interno sino proyectarse al de los países vecinos.

Porque en rigor, este ciclo de dos guerras y una crisis había terminado por agregar una segunda rueda a la economía argentina. Según una conocida imagen, a la rueda maestra del comercio exterior, que seguía siendo la clave de los movimientos económicos, se agregó la de la industria local, que ocupaba el lugar dejado por las importaciones escasas. A su desarrollo se volcaron muchos capitales provenientes del sector comercial exportador o financiero establecido -como es el caso de las industrias del grupo Bunge y Born-, así como nuevas inversiones de empresas norteamericanas, interesadas en aprovechar la protección arancelaria. A ellas se sumaron pequeños empresarios locales, que poblaron industrias como la textil; muchos de ellos crecieron y fueron la base de sólidos grupos empresarios; tal el caso de Torcuato Di Tella, que pasó de las máquinas de amasar pan a los surtidores para YPF

y luego a las heladeras. Así, las nuevas industrias poblaron las grandes ciudades, como Buenos Aires o Rosario, y luego sus cinturones suburbanos, atrayendo trabajadores, precisamente en momentos en que la crisis agraria, y los avances en la mecanización, empezaban a expulsarlos del campo.

Por entonces el dinamismo del sector agrario exportador disminuía, pues la expansión agrícola pampeana había llegado a su término, aunque ya se abría una nueva frontera de colonización en el nordeste, para los cultivos industriales, como el algodón. Pero el comercio exterior seguía siendo la clave del movimiento económico, pues de allí surgían las divisas que permitían comprar los combustibles, maquinarias, repuestos e insumos para la nueva industria. Por eso la coyuntura favorable de la Segunda Guerra sirvió de estímulo a la transformación industrial. Su finalización puso en la agenda de discusiones el rumbo futuro. Para unos, se trataba de fortalecer aquellas industrias internacionalmente competitivas -sobre todo las que empleaban materias primas locales-, mantener abierta la economía y fortalecer la "rueda maestra" del comercio exterior. Las Fuerzas Armadas, que desde la década de 1920 estaban muy interesadas en las cuestiones económicas vinculadas con la defensa nacional, sostenían que la Argentina debía concentrar sus esfuerzos en las industrias de base, sobre todo en acero y petróleo, que aseguraran su autarquía. Finalmente, todo el sector de empresarios que se habían beneficiado con la protección automática generada por la Guerra pedía que, terminado el conflicto, el estado siguiera garantizando el vasto mercado cautivo que habían explotado hasta entonces.

Esta invocación a la decisión política revela cuanto habían crecido las funciones y la injerencia del estado a lo largo del período de entreguerras. Hasta la Primera Guerra, su principal tarea era el equilibrio presupuestario, las cuestiones monetarias y la deuda pública. La preocupación de Yrigoyen por reformas de "interés social", y las nuevas circunstancias que enfrentó, originadas en la Primera Guerra, impulsaron sus medidas de intervención estatal, que en general fueron circunstanciales y de urgencia, visto su fracaso para plasmar las iniciativas en leyes. La acción de Alvear, quizá menos espectacular, fue más efectiva: intentó - sin éxito- defender a los productores de carne frente a los frigoríficos, pero contribuyó a mejorar las condiciones de las industrias locales mediante la elevación de los aranceles; sobre todo, respaldó vigorosamente al coronel Mosconi en la construcción de YPF.

Con la crisis del 30, y durante el ministerio de Federico Pinedo, la intervención estatal en la economía avanzó mucho: juntas reguladoras de la producción, aranceles, sistema de reintegros a los exportadores, creación del Banco Central y, sobre todo, el control de cambios, herramienta decisiva para orientar la marcha de la economía. Con la Segunda Guerra Mundial ganaron un peso decisivo las "ideas del Estado Mayor" acerca de la autarquía económica, que empezaron a plasmar bajo la presidencia de Castillo con el establecimiento de la Flota Mercante del Estado, montada con barcos incautados a los países en guerra, y posteriormente con los planes de autoabastecimiento siderúrgico formulados por el coronel Savio.

En suma, desde la década de 1920, y sobre todo desde 1930, el estado interventor y dirigista fue desarrollando sus instrumentos, de acuerdo -probablemente sin saberlo- con las ideas de lord Keynes que pronto se convertirían en canónicas. Paralelamente hubo otro desarrollo: la intervención del estado en los conflictos sociales. Yrigoyen dio los primeros pasos en ese sentido. Al principio solo consistieron en prescindir de la habitual represión de las huelgas en la zona del puerto, y en recibir en la Casa Rosada a los dirigentes del poderoso gremio marítimo. Ciertamente los sucesos de 1919 lo desbordaron, y aceptó la dura represión del Ejército y de los civiles armados de la Liga Patriótica. Pero vuelta la calma, Alvear siguió transitando por el mismo camino, con el laudo en el conflicto azucarero, o con un proyecto de jubilación de empleados de comercio y ferroviarios. Fue en la década de 1930 cuando más visible resultó la inacción del estado frente a un movimiento obrero sólidamente organizado y unos conflictos industriales cada vez más maduros.

Hacia 1943 había un cúmulo de reivindicaciones acumuladas, a la espera de que, desde el estado, alguien se hiciera cargo de ellas. Son dos historias, la del rumbo industrial y la de la cuestión social, que se anudaron en la acción del coronel Perón, convertido en la estrella del gobierno revolucionario de 1943.

La sociedad: integración, movilidad y conflicto

Al acercarse el fin de la Primera Guerra Mundial los conflictos sociales se agudizaron de manera extrema: los problemas locales de inflación y desocupación, generados por el conflicto, empalmaron con la onda revolucionaria que recorrió todo el mundo occidental y que culminó en la revolución soviética de 1917. Las huelgas se encadenaron y su

dimensión se multiplicó; de las grandes ciudades portuarias pasaron a las zonas rurales, movilizando a chacareros y jornaleros, y a las remotas tierras del norte santafesino o la Patagonia. Como se dijo, la inicial actitud conciliadora de Yrigoyen dejó paso a una dura represión, más sangrienta cuanto que los sectores propietarios -a quienes se dirigió monseñor De Andrea- estaban verdaderamente asustados. Pero el pico del conflicto pasó, y con la recuperada prosperidad volvió la calma. La fundación de la Unión Ferroviaria en 1922 es paradigmática: un gran sindicato, con una organización excelente, que se ocupa de evitar y controlar los exabruptos de sus bases y regula estrictamente en que casos un conflicto puede paralizar una actividad juzgada esencial para el desenvolvimiento económico.

Más que las violencias de la Semana Trágica, lo que caracterizó a la sociedad de entreguerras fue una lenta, callada pero sustancial transformación. En primer lugar, el denso contingente de extranjeros -uno de cada dos, o quizá dos de cada tres lo eran en las grandes ciudades- fue argentinizándose con el paso del tiempo y el juego de las generaciones. No fue solo una cuestión biológica: también operó el vasto sistema de la educación pública, que junto con las primeras letras o la aritmética enseñaba la historia y la lengua nacionales.

Un segundo rasgo de esta transformación fue la alfabetización de la sociedad, que permitió el desarrollo de una vasta y variada industria editorial: diarios de circulación masiva que apelaban a un lector "popular", como *Crítica* o *El Mundo*, magazines en la línea de *Caras y Caretas*, revistas dedicadas a la mujer, el deporte, la radio o el cine, novelas publicadas en entregas semanales, entre románticas y eróticas, y libros baratos que ponían al alcance de un público vasto lo mejor de la cultura universal. Tal el espectro de publicaciones consumidas en los años veinte o treinta, por un público ávido, que cuanto más leía mayor capacidad tenía para expresar, de manera compleja, sus aspiraciones. Quizás eso explique la decadencia del mensaje de los anarquistas -esencialmente emotivo- y el desarrollo de propuestas más complejas e intelectuales, como la de los socialistas o en general los "progresistas".

Otro rasgo singular de esta sociedad básicamente próspera fueron los múltiples canales abiertos al mejoramiento de cada uno de sus miembros. La vida no fue rosada para todos, pero el número de los que prosperaron -que pudieron ver a sus hijos en una situación mejor que la de ellos- fue lo suficientemente amplio como para que se consolidara un

imaginario compartido. Prosperaban el trabajador calificado, como el ferroviario, o el que lograba instalarse por cuenta propia, en un pequeño taller o en un comercio que podían crecer; igual pasaba con el chacarero que con algunas cosechas afortunadas consolidaba su posición. También prosperaba quien lograba salir del conventillo y construir su casa propia en uno de los nuevos barrios de las grandes ciudades. Sobre todo quienes, educación mediante, llegaban a ser empleados públicos o maestras. El matrimonio de una maestra y un ferroviario -empleos estables, sueldos decorosos, buena consideración social- constituía una excelente base para pasar al vasto y poco definido universo de los sectores medios, acomodados y respetables.

Así fue rehaciéndose la trama de la sociedad. En las grandes ciudades, los conglomerados de trabajadores no calificados, hacinados en conventillos, fueron desparramándose por el ejido urbano y formando los "barrios", ámbito de constitución de una nueva sociabilidad. Las identidades étnicas o nacionales pesaban allí poco, pues los orígenes eran diversos. Las identidades laborales en muchos casos tampoco, pues gracias a las mejoras en los transportes no era necesario ya vivir junto al lugar de trabajo, y en los nuevos barrios coincidían gentes de profesiones y posiciones diversas. En cambio los problemas locales -el pavimento de la calle, el farol, la escuela y su cooperadora, y todo lo que hacía al "fomento"- convocaban a la actividad común y cimentaban nuevas formas de relación, interacción, reconocimientos y liderazgos: el "vecino consciente" era allí reconocido. En otras zonas de esa misma sociedad -quizás en la otra cuadra - el ámbito de reunión y articulación era el café, o el club social y deportivo -a veces, simplemente un garito- o simplemente la "esquina", con su "patrón de la vereda". Lo que con criterio más taxonómico suelen llamarse "clase trabajadora" y "clase media" convivían en una sociabilidad popular, donde la continuidad, la movilidad y la integración pesaban más que los cortes y segmentaciones.

El crecimiento industrial no modificó esta pauta de funcionamiento de la sociedad; por el contrario, la consolidó. Las nuevas industrias atrajeron a trabajadores de la región rural pampeana, y luego, un poco más tarde, a quienes venían de las zonas más tradicionales. Se instalaron en las ciudades y en sus cordones industriales, donde convivieron codo con codo con otros trabajadores, ya integrados a la sociedad urbana, quienes les traspasaron sus experiencias laborales y sindicales, así como los saberes de la movilidad. Uno de ellos era la agremiación y el reclamo

colectivo: a lo largo de los años '30 los sindicatos crecieron y se fortalecieron, sobre todo a partir de 1936, cuando los dirigentes comunistas y socialistas les imprimieron una nueva dinámica. La sociedad argentina comenzó a conocer los conflictos industriales modernos, así como las identidades definitivamente obreras, sin que se alterara la pauta principal que combinaba movilidad individual con integración, salvo por la resistencia, un poco cerril y trasnochada, de la parte empresarial, y la falta de preparación del estado para conducir esos conflictos por el camino de la negociación.

Uno de los canales reconocidos de la movilidad y la integración era la cultura. Existía un consenso acerca de la utilidad de la educación, aún para aquellos que sin una escolaridad completa, igualmente aspiraban a conocer lo mejor de la cultura universal: la difusión de la cultura, impulsada por los "progresistas" convencidos de la importancia de "educar al pueblo" es un destacado testimonio de la democratización de la sociedad. Probablemente por eso la Universidad desempeñó un papel tan importante, en la sociedad, la cultura y la política. La carrera universitaria y el título de doctor eran -es sabido- la culminación de la aventura del ascenso para los hijos de inmigrantes: abogados o médicos podían ejercer su profesión, dedicarse a los negocios o a la política. Pero la Universidad, como institución, antes de la Primera Guerra era elitista y escolástica, reservada a un grupo pequeño que detentaba las cátedras y depositaria de un conocimiento a menudo juzgado anticuado.

Esto refleja sobre todo la percepción de los actores; pero lo cierto es que así lo creyeron quienes en 1918 lanzaron la Reforma Universitaria, reclamando por los derechos de los profesores -subordinados a cliques enquistadas en los Consejos académicos-, la modernización de la enseñanza -sea para introducir el positivismo como para combatirlo-, el compromiso de la ciencia con los problemas de la sociedad y una participación mayor de los estudiantes en la gestión universitaria. Amparados por el presidente Yrigoyen, los reformistas obtuvieron un primer y simbólico triunfo en Córdoba, y aunque luego siguieron muchas derrotas, quedó institucionalizado el "movimiento reformista", que por ser un movimiento, pudo encadenar a través del tiempo sucesivos reclamos, vinculados por la común pauta democratizadora.

La Universidad sirvió para desarrollar, entre el estudiantado que luego conformaría la clase dirigente, un universo de ideas, genéricamente "progresistas", un lenguaje común y una

práctica de la política muy adecuada para futuras responsabilidades. De alguna manera, fue un vehículo de integración nacional, un proceso que, por otros caminos y con otros destinatarios, se daba por entonces en el conjunto de la sociedad. La escuela pública y el servicio militar obligatorio fueron las bases sobre las que se asentó el sentimiento de pertenencia. Pero resultaron decisivos los medios de comunicación de masas, por entonces en pleno desarrollo: la ya citada prensa periódica, la radio, cuyo uso estaba generalizado en la década del treinta, la música, popularizada con los gramófonos, y el cine nacional, que a lo largo de la década del treinta vivió su época de oro. A caballo de la radio, dos o tres deportes de interés masivo aportaron a la conformación de ese imaginario nacional: el fútbol, las carreras de autos -el "Turismo Carretera- y el boxeo.

El desarrollo de estas nuevas formas de entretenerse se apoyó en otros cambios de la sociedad: el aumento del "tiempo libre", por la gradual reducción de la jornada de trabajo, o la generalización de la "casa propia", en cuyo centro se instalaba la radio. La vida de las mujeres experimentó fuertes cambios: muchas pudieron dejar la fábrica o el taller y llegaron al anhelado estatus de "ama de casa" y otras, jóvenes, pudieron encontrar una alternativa hasta el momento de casarse, como empleadas, quizá secretarias, vendedoras de tiendas o telefonistas. En uno u otro caso, la mujer ganó derechos, estableció relaciones más libres e igualitarias con los hombres -por ejemplo, en los bailes del "club social"-, aprendió a controlar los nacimientos -la tasa de natalidad bajó sostenidamente en estos años, hasta llegarse al formato familiar de dos hijos-, se interesó por los problemas del "matrimonio moderno", la sexualidad o el divorcio, y a veces aprendió a fumar y a beber cócteles, como señalaba -horrorizado- Manuel Gálvez en *Una mujer moderna*.

No fueron los únicos ámbitos donde en esta nueva sociedad se pensó en un futuro distinto. Las prácticas espontáneas de miembros de las sociedades de fomento o de integrantes de las cooperativas rurales eran fuertemente reformistas: sin teoría, probablemente, pensaban que su entorno material y social podía ser modificado y mejorado, con la colaboración de todos. Esta práctica empalmó con una corriente de pensamiento social preocupada por las transformaciones del mundo moderno y por la búsqueda de mejores soluciones para los problemas del trabajo, la salud o la vivienda, en un sentido más justo: la justicia social fue una consigna compartida por varias corrientes de pensamiento. La sociedad

de entreguerras fue en algún sentido conformista, y creía sobre todo en el progreso individual; pero a la vez fuertemente reformista. Solo eso explica la dureza de las reacciones acuñadas en los sectores más tradicionales de la sociedad, y el éxito de la condena a la "vida moderna" lanzada por los intelectuales católicos y nacionalistas.

Dos proyectos culturales

Uno de los rasgos más característicos de la vida cultural y política del siglo XX fue la emergencia de los intelectuales "comprometidos", intérpretes de su pasado, diseñadores de su futuro. Ese papel cumplieron José Ingenieros, Alfredo Palacios, Ricardo Rojas o Leopoldo Lugones; más centrados en la tribuna universitaria, Alejandro Korn, Deodoro Roca o Saúl Taborda; ya en los años treinta, Leónidas Barletta, Eduardo Mallea, Raúl Scalabrini Ortiz o Ezequiel Martínez Estrada, todos duros polemistas, fuertemente subjetivos, pero también, de alguna manera, expresión de los cambiantes consensos de la opinión. Su singularidad argentina, pregonada por la mayoría, debe sin duda matizarse con la referencia al fuerte peso del pensamiento europeo o latinoamericano contemporáneo, leído en libros y revistas, o escuchado de primera mano en la voz de ilustres visitantes como José Ortega y Gasset, una de las influencias más notables en la cultura argentina, Eugenio D'Ors, los mexicanos José Vasconcelos y Alfonso Reyes y el francés Jacques Maritain, que revolucionó el mundo católico.

No es fácil agrupar tantas individualidades en corrientes coherentes. Sobre todo, la cuestión de la nacionalidad y el nacionalismo sirvió a menudo como puente para la modulación entre lo que a priori podría estar a la derecha o a la izquierda. Sin embargo, una característica saliente del período de entreguerras fue la coherencia y consistencia de una línea de pensamiento y de acción cultural que genéricamente puede denominarse "progresista". Fundada en la tradición liberal, pudo articularse con facilidad con el socialismo, y también con el comunismo después del giro de la Internacional Comunista de 1934; se sumaron motivos antiimperialistas y hasta indigenistas, pero finalmente el gran aglutinador fue la democracia, sobre todo cuando el avance del nazismo y la Segunda Guerra Mundial instalaron esta polaridad en todo el mundo. Más allá de sus orientaciones políticas, los progresistas valoraban la educación y la cultura, el progreso y la equidad social, que algunos, como Alfredo Palacios, empezaron a denominar "justicia social".

Una buena parte del progresismo, liberal y de izquierdas, se asentó en las universidades: la de Buenos Aires y sobre todo la de La Plata, bajo el maestrazgo de Korn. La otra base importante fue el Partido Socialista, y su principal agencia cultural, la Sociedad Luz. A lo largo de la década de 1930 el partido Comunista aportó a este emprendimiento sus intelectuales y todos aquellos que, sin vinculación orgánica, acompañaban al Partido. En otra zona del arco se ubica el Instituto Popular de Conferencias, la agencia cultural de diario *La Prensa*, y desde 1930 el Colegio Libre de Estudios Superiores, entidad educativa y cultural que alojó a quienes no tenían un lugar adecuado en la Universidad.

Entre los ámbitos de nucleamiento de la intelectualidad progresista están las editoriales y las revistas. *Martín Fierro* reunió en los años veinte a grupos de la vanguardia artística, que también se encontraban en *Ver y Estimar*; luego muchos de ellos se reencontraron en *Sur*, que dirigió Victoria Ocampo. Predominaban entre ellos quienes defendían lo que se llamaba *el arte puro*. Los que privilegiaban la dimensión social de la actividad cultural se reunieron en *Claridad*, una editorial y una revista, dirigidas por Antonio Zamora. Otras empresas más definidamente comerciales -como la Editorial Tor o luego el magazine *Leoplán*- formaron parte de este mundo de los libros, robustecido desde 1937 con la fundación de tres dinámicas empresas editoriales: Sudamericana, Losada y Emecé, que aprovecharon la experiencia de editores españoles emigrados.

Este conjunto heterogéneo de instituciones culturales oficiales y privadas, revistas, partidos y editoriales comerciales, tenía un elemento común, que animaba a sus militantes: había que "educar al pueblo", poner a su alcance lo mejor de la cultura universal, un legado que debía ser asumido por quienes, así enriquecidos, asumirían la tarea civilizadora y progresista. Este mundo de lectores, con escasa preparación profesional, necesitaba de guía y orientación, y esa función cumplían las "bibliotecas" y "colecciones": *La cultura argentina*, que dirigió Ingenieros, la *Biblioteca Argentina*, de Rojas, o las diversas series que lanzó Zamora desde *Claridad*.

Se trató de una verdadera empresa cultural. Los libros debían ser baratos, reunir lo más valioso del acervo cultural -de Platón a Darwin- y sobre todo presentarlo de manera que pareciera accesible: así Freud era puesto al alcance de todos por el señor Gómez Nerea. Junto a esta línea estrictamente cultural, una segunda apuntaba a satisfacer los deseos de entretenimiento o evasión, de una sociedad con más tiempo

libre y que consumía con avidez folletines o novelas sentimentales. Estas editoriales ofrecieron lo mejor de la novelística, desde Alejandro Dumas o Salgari hasta Zolá o Dostoievski, con quienes la literatura incursionaba en los terrenos de la realidad social. A ella se llegaba, por otro camino, a través de estudios sobre la economía, la cuestión de la salud, la vivienda o la educación, comparando la situación argentina con experiencias novedosas, como la de México o la Unión Soviética. En esta zona de la oferta editorial se manifestaba con más claridad la fe en las posibilidades del progreso y la reforma, también presente en la literatura sobre la salud, la higiene, el cuidado del cuerpo y la vida sexual, temas que empezaban a ser abordados desde la perspectiva de la ciencia. *El matrimonio moderno* del doctor Van der Welde, un prolongado éxito editorial, ilustra esta línea del proyecto cultural.

No es fácil saber cuánto circularon estos libros baratos, aunque todos los testimonios indican que su presencia fue importante. El ámbito principal de difusión, el punto de contacto entre los intelectuales letrados y sus lectores populares eran las bibliotecas barriales, que surgieron como hongos en ciudades y pueblos. Allí circulaban los libros, aunque también servían para una función ritual, santificando el lugar, en anaqueles que permanecían cerrados. Sobre todo, en las bibliotecas populares se realizaban distintas actividades culturales que, de un modo u otro, rondaban este proyecto cultural: grupos teatrales o filodramáticos, grupos de lectura colectiva, cursos de capacitación profesional, coros, y sobre todo, conferencias. Estas versaban en general sobre los mismos temas de la empresa editorial: un vasto abanico, de lo literario a lo social. Los conferencistas eran en general intelectuales vinculados a la agencias ya mencionadas -y también alguna notabilidad local-, pero en cada biblioteca popular había alguien -el bibliotecario, un maestro, un empleado público- con alguna destreza intelectual y conocimiento del ambiente cultural, encargado de seleccionar a los conferencistas, tomar contacto con ellos y organizar el evento. Este tenía una significación singular en estos mundos barriales, carentes de esparcimiento, que apenas empezaban a conocer el cine o la radio: no solo se iba a escuchar y aprender; la asistencia era un ritual, una suerte de celebración laica, culta y progresista, que consagraba al "ciudadano educado", el mismo que -ya se verá- comenzaba a ser el sujeto de la nueva democracia.

Las bibliotecas populares, frecuentemente anexas a las sociedades de fomento, coexistían en el barrio con el club

social y deportivo, el fútbol, el billar, los bailes o el juego. Ciertamente, la pertenencia no era excluyente, pero esos otros ámbitos de sociabilidad, tan importantes para entender la trama de la vida social, no constituían una alternativa intelectual o política. Pero en el barrio estaba también la parroquia, último eslabón de una institución jerárquica, estructurada y universal: la Iglesia Católica. Alrededor de ella es posible reconstruir una propuesta cultural alternativa a la del progresismo liberal y socialista.

La Iglesia Católica de entreguerras fue moldeada por el papa Pío XI, quien optó por apartarla de los conflictos políticos y sociales en que los católicos estaban enfrascados -y que conducían a profundas divisiones de su frente interno- para concentrar los esfuerzos en el plano espiritual, en ganar la batalla en las conciencias: *Instaurare omnia in Christo*. La Iglesia condenó militantemente el mundo moderno: liberalismo, protestantismo, masonería, socialismo, comunismo y en general todas las formas desviadas de la "vida moderna", como los bailes, el cine o el trabajo de las mujeres, y agregó una buena dosis de antisemitismo. A la vez, ofreció una respuesta católica a cada problema de la vida moderna -un catolicismo integral- y una propuesta de combate: Cristo Rey encabezando los ejércitos de la Iglesia militante.

La Iglesia argentina asumió plenamente ese programa. Desde 1928 bajo la conducción de los arzobispos Copello y Caggiano, expandió de manera significativa su organización, multiplicando obispados y parroquias para cubrir densamente el territorio. A la vez se ocupó de ordenar y disciplinar las filas: los clérigos y también los católicos laicos, usualmente los más indisciplinados, cuyas organizaciones fueron subordinadas a la Acción Católica. Se formó un núcleo de intelectuales católicos orgánicos y coherentes, como nunca los había habido en la Argentina, reunidos en los Cursos de Cultura Católica, que dirigieron Atilio Dell'Oro Maini y Tomás Casares, y en la revista *Criterio*, dirigida desde los treinta por monseñor Gustavo Franceschi, el ideólogo de la jerarquía eclesiástica. Hubo teólogos y escritores destacados, como los padres Derisi, Castellani o Meinvielle, e infinidad de divulgadores y polemistas bien entrenados, dedicados a denunciar los males de la sociedad y a proponer para cada uno de ellos una solución católica.

Lo más notable de este movimiento intelectual fue su capacidad para incluir y subsumir otras manifestaciones, hasta entonces poco orgánicas, del pensamiento de derecha o conservador: el de la Liga Patriótica, el nacionalismo

hispanista, los maurrasianos y aún otros simplemente conservadores o tradicionalistas que, sobre todo después del Congreso Eucarístico Internacional de 1934 -una impresionante manifestación- aceptaron el tutelaje intelectual de la Iglesia. La clave de este triunfo se halla en la formulación de una propuesta para la controvertida identidad nacional: éramos una nación católica.

El mundo católico desarrolló un sistema educativo propio y bien organizado, y allí se nutrió de activistas y de "vocaciones", pero no abandonó nunca el designio de conquistar la escuela pública, que llamaban "escuela sin Dios". Avanzó entre las clases altas y sobre todo conquistó al Ejército, como mostró el historiador Loris Zanatta: a mediados de la década del '40, los oficiales de tradición liberal estaban arrinconados y a la defensiva, frente a la marea de quienes creían en la "nación Católica" y en la misión mancomunada de "la espada y la cruz", para enfrentar al liberalismo, el comunismo y los judíos. Los jóvenes militantes de la Acción Católica fueron los activistas de la expansión de esta propuesta cultural, pero la acción capilar estuvo a cargo de miles de curas párrocos -muchos formados en la militancia de Acción católica. Las parroquias cumplían en los barrios muchas funciones similares a las de las sociedades de fomento o las bibliotecas populares, salvo que no apreciaban mayormente los libros, y censuraban la lectura de la mayoría de los que circulaban por aquellas. El trabajo de los párrocos consistía en llevar a cada rincón el mensaje católico, denunciar o contrarrestar otras voces, ya fuera de los protestantes, los socialistas o simplemente los jóvenes que querían leer novelas, ir al cine, bailar y divertirse. Pero su tarea principal era lograr que los niños tomaran la primera comunión y aceptaran su inclusión formal en el universo católico, una manera de demostrar que efectivamente la inmensa mayoría de los habitantes eran católicos.

El conflicto político

Ambas concepciones, que eran culturales y políticas a la vez, compitieron entre sí y llegaron finalmente a un combate claro. Este se dirimió en las elecciones de febrero de 1946, en un escenario político democrático. En muchos sentidos, esas elecciones son una bisagra: la culminación de un largo proceso de gestación de la tradición política democrática en la Argentina, y el inicio de una tradición nueva, no fácil de resumir en una palabra, que llega hasta nuestros días.

Las bases institucionales de la democracia política fueron fijadas en 1912 con la ley Sáenz Peña; sin embargo, el verdadero proceso de construcción de la ciudadanía es posterior a ella. Antes de 1912, votar interesaba a pocos, y una de las singularidades de la ley es que obligaba a los ciudadanos a hacerlo: "¡Quiera el pueblo votar!", afirmó imperativamente el presidente Sáenz Peña. La apelación tuvo un éxito notable: los partidos se poblaron de afiliados y la participación electoral creció sostenidamente a lo largo de la década de 1920, hasta llegar a la cifra normal de 85%: los votantes creían en la limpieza y en la eficacia del sistema.

Los nuevos partidos políticos -y en especial la Unión Cívica Radical- desarrollaron organizaciones y maquinarias adecuadas a las nuevas necesidades. La UCR tuvo una red de comités en todo el país, presididos por el retrato de Hipólito Yrigoyen, y una masa de dirigentes locales, muchos reclutados en la vieja política y otros que entonces se iniciaban. Al menos nominalmente, un sistema de democracia interna consagraba las direcciones regionales y nacionales, mientras que un programa, y además una doctrina, daba cohesión ideológica al conjunto. Junto con otros procesos, la política aportó lo suyo a la nacionalización: un líder, cuya figura era conocida por todos -se repartían mates o pañuelos con ella-, un conjunto de ideas básicas, y un *ethos* compartido. La UCR fue el primero de los partidos políticos modernos.

En muchos casos -sobre todo en las provincias más tradicionales- se construyó con fragmentos de las antiguas fuerzas políticas, que buscaron un lugar junto a la estrella ascendente, y los mecanismos de movilización popular no fueron demasiado distintos de los tradicionales. Pero en las regiones más modernas, en las grandes ciudades y en la "pampa gringa" de los chacareros, la constitución de la ciudadanía fue más profunda y consciente. La práctica asociativa, de las cooperativas, los sindicatos o las sociedades de fomento, fue una escuela para la participación política: hablar, discutir, acordar y disentir, aceptar o asumir liderazgos. Por otra parte, esas instituciones debían relacionarse con agentes del estado, de modo que también hubo un aprendizaje de la gestión pública. Pero además, libros, bibliotecas y conferencias formaron al ciudadano educado y consciente, conocedor de los problemas y del espectro de soluciones propuestas y núcleo consistente de la nueva política democrática. Finalmente, y al igual que la Universidad de la Reforma, el mundo asociativo -tan vigoroso en la entreguerra- fue un semillero de nuevos dirigentes políticos, que encontraron en los

comités locales el camino para entrar en la política, convertida así en una vía adicional para la movilidad social.

En estos sentidos, la nueva política democrática enlazó con la sociedad democrática y afectó a quienes se sentían merecedores de los viejos privilegios. Luego de que se atenuó algo el coro general de beneplácito que acompañó la reforma política, comenzaron a escucharse sus quejas: la democracia instala en el gobierno a la chusma -se decía-, y solo sirve para elegir demagogos.

La legitimidad democrática de los presidentes radicales - Alvear y sobre todo Yrigoyen- fue impecable. En el caso de Yrigoyen -la figura más destacada de este período que se cierra en 1930- perteneció a la variante plebiscitaria de la democracia, antes que a la republicana y liberal, lo que sin duda constituye un rasgo común de la época en que Max Weber propuso el concepto de "líder carismático de masas". Las credenciales republicanas de Yrigoyen no fueron muchas: no creía demasiado ni en la discusión racional ni en la división de poderes, y siempre que pudo ignoró al Congreso. Afirmaba tener un mandato popular no condicionado para regenerar las instituciones de la república; estaba convencido de que el ideario radical -la "causa regeneradora"- se identificaba con la nación, y que sus adversarios -"el régimen falaz y descreído"- no pertenecían exactamente a ella.

Esto contribuyó a darle a la política un sesgo faccioso muy pronunciado. Se acentuó a medida que sus adversarios descubrían que, además, Yrigoyen había montado una maquinaria electoral, robustecida con los aportes del estado, prácticamente imbatible. En la oposición fueron sumándose los derrotados del "antiguo régimen" y los sectores propietarios, alarmados por la ineficiencia de Yrigoyen -que atribuían más en general a la democracia-, sobre todo después de la crisis de 1919. En torno de la Liga Patriótica, y de otras instituciones de discusión intelectual, fue desarrollándose la idea de un gobierno de tipo autoritario -"la hora de la espada", anunciada por Leopoldo Lugones en el *Discurso de Ayacucho*-, en el que los representantes corporativos de los intereses de la sociedad negociaran con el estado, prescindiendo del escenario democrático. Más cerca de 1930 - luego de espectacular triunfo de Yrigoyen en 1928- se sumó un grupo de intelectuales inspirado en las ideas de Maurras, con influencia entre algunos jefes militares. Pero el aporte decisivo lo dio una buena parte de la ciudadanía democrática, convencida de que era posible sanear la democracia, corrompida por el demagogo, mediante una revolución que, como en 1890, 1893 y 1905, sería a la vez cívica y militar.

Se equivocaron, pues 1930 no marcó la restauración de la democracia sino la incorporación del Ejército al gobierno del estado. Pero los ciudadanos que creían en la democracia, yrigoyenistas y antiyrigoyenistas, tuvieron sin embargo fuerza para detener el intento de reforma corporativa de las instituciones, propiciado por Uriburu. En lugar de eso, el presidente Justo optó por mantener toda la normativa constitucional -indispensable para una ciudadanía educada, que no admitía su remplazo- solo que violando sistemáticamente el mandato del sufragio, al principio mediante la proscripción de los radicales, y luego con el fraude sistemático.

El gobierno de Justo se apoyó en los muchos fragmentos del viejo régimen político subsistentes en las provincias - algunos conservadores, otros radicales antipersonalistas- articulados en la frágil "Concordancia", que nunca llegó a ser un partido. Por eso, el poder se fue asentando cada vez más en el Ejército, que calladamente avanzó en el estado y en el imaginario político, identificándose a si mismo con la Nación: por entonces, San Martín se convirtió en el héroe máximo, muy por encima de los otros patriotas, pues una Nación debía tener un prócer. Simultáneamente, el Ejército fue catequizado por la Iglesia Católica, que difundió su mensaje integrista: en la "nación católica", la Espada era respaldado por la Cruz. Una cruz monumental, precisamente, se erigió en Palermo en 1934, con motivo de la celebración del Congreso Eucarístico: la Iglesia podía ofrecer a quienes encarnaran la nación un importante apoyo de masas y un sólido sostén ideológico, pues la idea de "nación católica" fue articulando las distintas corrientes conservadoras y nacionalistas.

Las ideas democráticas y progresistas volvieron a ocupar un lugar destacado en el escenario político hacia 1936. Contribuyó la apelación de la intelectualidad de los países occidentales a la constitución de frentes populares para detener al fascismo, y la movilización generada por la Guerra Civil Española: en ambos casos la democracia ocupaba el centro del discurso. Por otra parte, desde 1936 se notó una nueva tensión en el mundo sindical, donde socialistas y comunistas pusieron en movimiento a los sindicatos e iniciaron un ciclo de militancia y huelgas que se prolongó por diez años. Por otra parte la UCR, dirigida por Marcelo de Alvear, abandonó la abstención electoral, que mantenía desde 1931. En la celebración del 1º de mayo de 1936 participaron conjuntamente los dirigentes sindicales, los partidos Socialista, Demócrata Progresista y Comunista y muchas

figuras del mundo intelectual y cultural; fue invitado el doctor Alvear, sugestivamente presentado como "obrero de la democracia". La campaña presidencial de Alvear en 1937 recogió motivos de la discursividad frentepopulista, cuidadosamente dosificados por el dirigente radical. Fue una fórmula política fracasada: en 1937 fueron derrotados por el fraude, y luego la cohesión de las fuerzas políticas no se pudo mantener; pero como movimiento cultural e ideológico el frente popular se mantuvo vivo, estimulado por el clima de creciente polarización generado por la Guerra Mundial.

Frente a él se constituyó una suerte de Frente Nacional. Así lo denominó en 1936 Federico Pinedo, y aunque el nombre no se oficializó, su espíritu se ajustó a la denominación. Su composición era heterogénea, pues integraba a conservadores de vieja prosapia con las diversas corrientes nacionalistas, simpatizantes en algunos casos de las potencias fascistas, y en otros defensoras de la neutralidad argentina ante un conflicto que calificaban de "interimperialista". Se sumaban otras cuerdas de la sensibilidad nacional: quienes buscaban el "ser nacional", los revisionistas históricos, que reivindicaban la figura de Rosas, los que cultivaban el criollismo o el nativismo gauchesco. Otra fuente de nacionalistas eran las Fuerzas Armadas, preocupadas por la situación estratégica de la Argentina en un mundo en guerra y defensoras -como ya se señaló- de políticas económicas autárquicas, que debían respaldarse en una nación homogénea, galvanizada por una doctrina nacional. Finalmente, se sumaban a este frente los católicos, que a esa altura habían demostrado una gran capacidad para el activismo militante y la movilización de masas; tenían algunos objetivos propios definidos: la enseñanza religiosa en las escuelas públicas, y en general la posibilidad de controlar las instituciones culturales y los medios de comunicación. Pero además, como se señaló, supieron integrar y homogeneizar distintas expresiones de la militancia nacionalista. Al igual que el Frente Popular, era más clara la afinidad cultural e ideológica que su manifestación política, salvo cuando se trataba de criticar la tradición que ellos llamaban "liberal".

El problema principal para que el frente popular de los progresistas se convirtiera en una alternativa política era que en la Argentina faltaba quien cumpliera la función aglutinadora de Hitler o Mussolini para agrupar, por oposición, sus distintos fragmentos. Ni el general Justo ni el presidente Castillo daban el perfil. La Revolución del 4 de Junio les resolvió el problema a los progresistas. Los

militares simpatizaban visiblemente con el Eje, y convocaron a intelectuales y militantes del integrismo católico y el nacionalismo, que se instalaron preferentemente en las instituciones culturales. Así, finalmente se estableció la enseñanza religiosa en las escuelas. Por otra parte, el gobierno militar no encontraba el rumbo, se dividía en infinitas facciones, y sobre todo el Eje se derrumbaba a ojos vistas, de modo que todo parecía propicio para que la Unión Democrática -versión política *light* del Frente Popular- arrinconara al régimen militar, forzara una salida electoral y triunfara. La Unión Democrática, heredera de la tradición democrática hondamente arraigada en la sociedad, entusiasmaba y convocaba a movilizaciones masivas, como la de setiembre de 1945, tanto o más numerosa que la histórica jornada de octubre.

En ese punto, el coronel Perón cambió los datos del juego. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión se dedicó a atraer a los dirigentes sindicales, especialmente a los socialistas. Los trabajadores obtuvieron, por obra del estado, muchos de los reclamos por los que venían luchando inútilmente desde 1936, y a la vez Perón estimuló con vigor y entusiasmo la organización sindical. La maniobra de Perón era más compleja, pues al tiempo que agitaba el movimiento obrero, hablaba a los dirigentes empresarios, y a sus colegas militares, acerca de los peligros de la posguerra y de un movimiento sindical fuerte y dirigido por socialistas y comunistas. El "bombero piromaníaco" estimuló el activismo gremial y a la vez se ofreció como el único capaz de dominarlo. Esta segunda parte de la maniobra no resultó; los dirigentes empresarios no lo acompañaron en esa cruzada que, de alguna manera, se asemejaba a la de monseñor De Andrea en 1919: dar antes de perderlo todo. De ahí que, a lo largo de 1944 y 1945, Perón profundizó su apelación a los trabajadores y radicalizó los contenidos de su mensaje.

Por este camino, quien se postulaba como heredero de la Revolución de Junio le arrebató al Frente Popular su pieza clave: el movimiento sindical. Ciertamente entre ellos, como en todos los otros sectores, hubo divisiones, pues Perón provocó un reagrupamiento general de las fuerzas. Pero se quedó con la totalidad del movimiento sindical, salvo algunos dirigentes fieles a los viejos principios, abandonados por sus bases. El movimiento peronista -que todavía no se llamaba así- era mucho más que esto: lo integraba la "vieja banda" de los militares y la Iglesia, superstites de la Revolución de Junio, y muchos dirigentes reclutados en las fuerzas políticas tradicionales. En plena campaña, y gracias a la

imprudencia del embajador norteamericano Braden, Perón pudo librarse del sambenito de pronazi y convertirse en campeón del antiimperialismo.

Con todo, su programa y sus discursos no fueron sustancialmente distintos de los de la Unión Democrática. Perón se cuidó bien de acotar la presencia de católicos y nacionalistas, a quienes juzgaba "píantavotos", y descartó cualquier consigna integrista. El mismo acento en las reformas sociales se encuentra en el discurso de Perón y de los candidatos de la Unión Democrática, así como una confianza común en la democracia, que estos interpretaban más ligada a los principios liberales y los peronistas a los aspectos "reales" o sustantivos, cuya concreción no debía ser trabada por cuestiones "formales". Perón triunfó, finalmente, por un margen relativamente exiguo.

Cierre y apertura

1946 es en muchos sentidos, más que un cierre, una apertura. El proceso de democratización de las relaciones sociales, característico de la Argentina moderna, recibió un nuevo impulso durante la década peronista. Esto fue resultado de una coyuntura económica excepcionalmente favorable y de un estado providente, preocupado por la justicia social, cuya acción debía complementar y no sustituir los ya tradicionales mecanismos de movilidad e integración. La incorporación de nuevos sectores a los beneficios de la Argentina próspera fue acelerada, y como ocurre en estos casos, provocó rispideces, resistencias y rechazo: nada muy grave.

La democratización de la vida política también recibió un nuevo impulso: el voto femenino duplicó el número de ciudadanos, los derechos sociales se terminaron de integrar con los derechos políticos, y en general, la participación política fue fuerte, activa y comprometida. Esto ocurrió bajo la conducción de un movimiento político que también creía ser la encarnación de la nacionalidad y propuso una nueva versión de la "doctrina nacional", esa recurrente y nefasta obsesión argentina. El movimiento político se entrelazó -no es fácil encontrar los límites- con un estado que empezó siendo autoritario y terminó como totalitario. Juntos imprimieron a la política un tinte fuertemente faccioso, identificando con la "antipatria" a los adversarios, que pagaron con la misma moneda. Esto fue muy grave.

Así, la nacionalización de las masas, a la que hacíamos referencia al principio, se desarrolló ampliamente, pero al amparo de un estado autoritario, que se hizo cargo de "educar al pueblo". Lo hizo en un contexto ideológico nacionalista,

populista, católico, antiliberal y claramente hostil a cualquier manifestación de la izquierda: el "pueblo peronista" quedó inmunizado contra lo que comunmente denominaban "la zurda". Delfina Bunge de Gálvez acertó con su pronóstico.

No se trata aquí de hacer un balance de todo esto: los historiadores suelen recordarle a los ciudadanos que las cosas buenas, como las malas, nunca están todas juntas en un mismo lugar. Pero con seguridad, el peronismo cerró el camino -no se si para siempre, pero al menos por mucho tiempo- al proyecto político pero sobre todo cultural que en el período de entreguerras animaron liberales, socialistas y progresistas. En ese sentido, 1946 cierra una etapa.

Bibliografía

Barrancos, Dora, La escena iluminada. Buenos Aires, Biblos, 1998.

Botana, Natalio, El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916. Buenos Aires, Sudamericana, 1977.

Buchrucker, Cristián, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1945). Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Cattaruzza, Alejandro, Marcelo T. de Alvear. El compromiso y la distancia. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.

De Privitellio, Luciano, Agustín Pedro Justo. Las armas en la política. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Del Campo, Hugo, Sindicalismo y Peronismo, CLACSO, Buenos Aires, 1983.

Fodor, Jorge y O'Connell, Arturo, "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX", Desarrollo Económico, 13, 49, abril-junio 1973.

Halperin Donghi, Tulio, Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930) Buenos Aires, Ariel Historia, 2000.

Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero, Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra. Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

Llach, Juan José: "El Plan Pinedo de 1940, su significado histórico y los orígenes de la economía política del peronismo" en Desarrollo Económico, vol. 23, n. 92, 1984.

Mustapic, Ana María "Conflictos institucionales durante el primer gobierno radical, 1916-1922", en Desarrollo Económico, n. 93, abril-junio 1994.

Prieto, Adolfo, El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

Rock, David El radicalismo argentino, 1890-1930. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1977.

Romero José Luis, El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX. Buenos Aires, AZ, 1998.

Romero, Luis Alberto: Breve historia contemporánea de la Argentina. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2da ed. 2001.

Sarlo, Beatriz, El imperio de los sentimientos. Buenos Aires, Catálogos, 1985.

Sigal, Silvia, Intelectuales y poder en la década del sesenta. Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Torre, Juan Carlos, La vieja guardia sindical y Perón, Sudamericana, Buenos Aires, 1990.

Zanatta, Loris, Del estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.